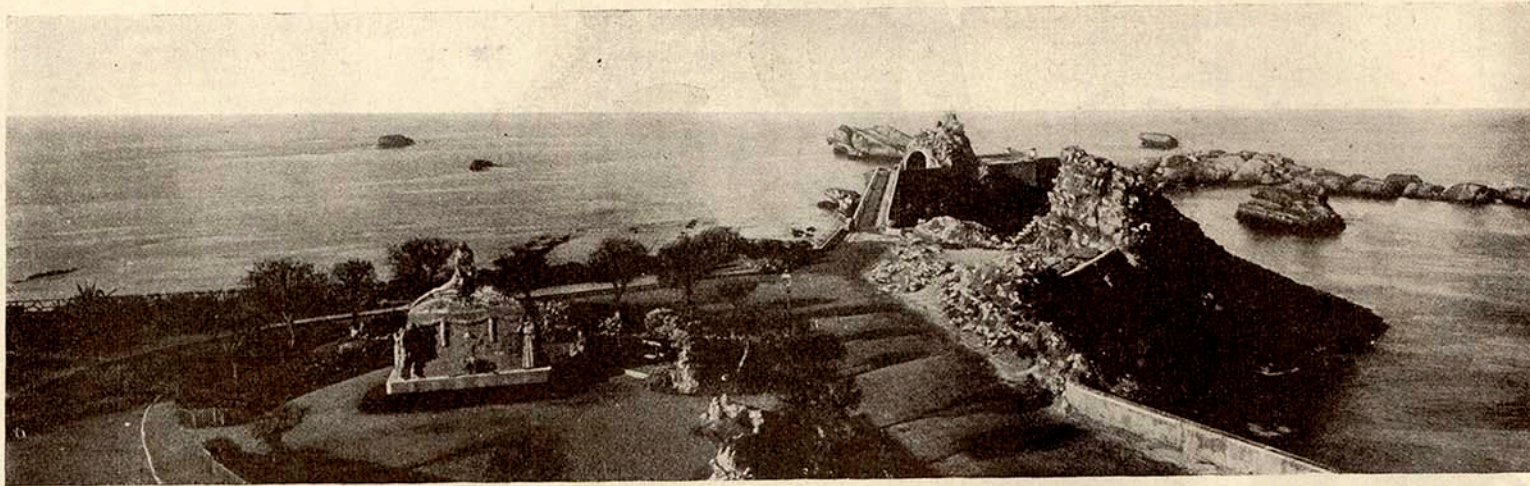


## ENTRE FRANCIA Y ESPAÑA



Esplanada de la Roca de la Virgen.

La nueva literatura de América.—Emoción racial de una visita a España.—Cómo en Pérez de Ayala: reconquista del paisaje.—La ciudad y las sierras.—Mares en smoking.—Oscar Wilde y César Vallejo.—Ruidosa polémica sobre la poesía pura.—España y Rusia los pueblos más puros de Europa.

(Especial para MUNDIAL).

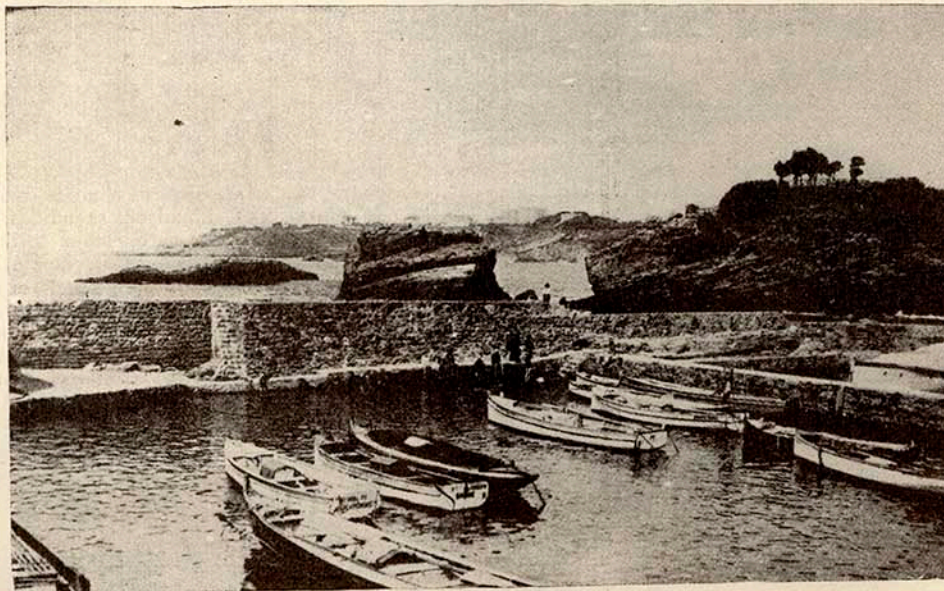
Biarritz, noviembre de 1925.

Hace algunos meses, en París, me divertía leyendo un artículo de Astrana Marín en "El Imparcial" de Madrid, relativo a mi obra literaria. El ilustre crítico español, a quien, dicho sea de paso, no tengo el honor de conocer ni de vista, iniciaba su artículo con esta salutación: "Se renuevan las cosas. La luz nos viene de América. Los poetas del otro mundo se disponen a adoctrinar en su ritmo a las generaciones castellanas . . .". Diríase una entrada a Jerusalén, entre palmas y hosanas. Ya, hace algunos años, Astrana Marín saludaba la presencia de Vicente Huidobro en Madrid, en tono parecido. Sólo que, —y este era el motivo de mi hilaridad,—al revés de lo que cree el señor Astrana Marín, yo no he puesto aún pié en la villa y corte. De España apenas he conocido hasta ahora, la verde y horaciana Santander.

Es recién ahora que voy a Madrid, por la primera vez, señor Astrana Marín. Desde la costa cantábrica, donde escribo estas palabras, vislumbro los horizontes españoles, poseído de no sé qué emoción inédita y entrañable. Voy a mi tierra, sin duda. Vuelvo a mi América hispana, reencarnada, por el amor del verbo que salva

las distancias, en el suelo castellano, siete veces clavado por los clavos de todas las aventuras colonizadas.

—A conocer sus grandezas, las grandezas de España, los irreprochables descalabros anatómicos del Greco, los auténticos estribos de oro



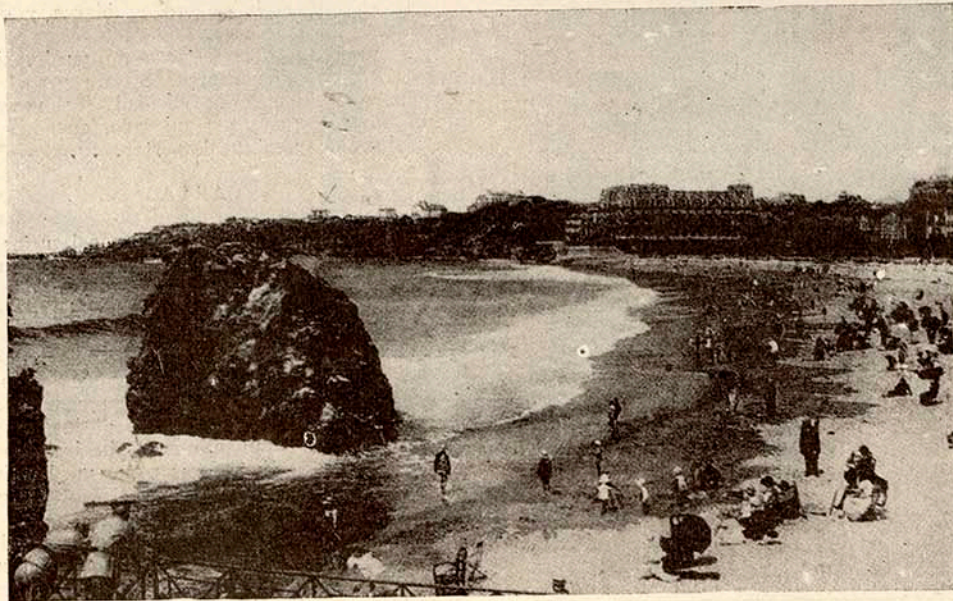
BIARRITZ—El Puerto Viejo.

—A qué va usted a ir a Madrid! . . .— me argumentaban como examinadores los amigos de París.

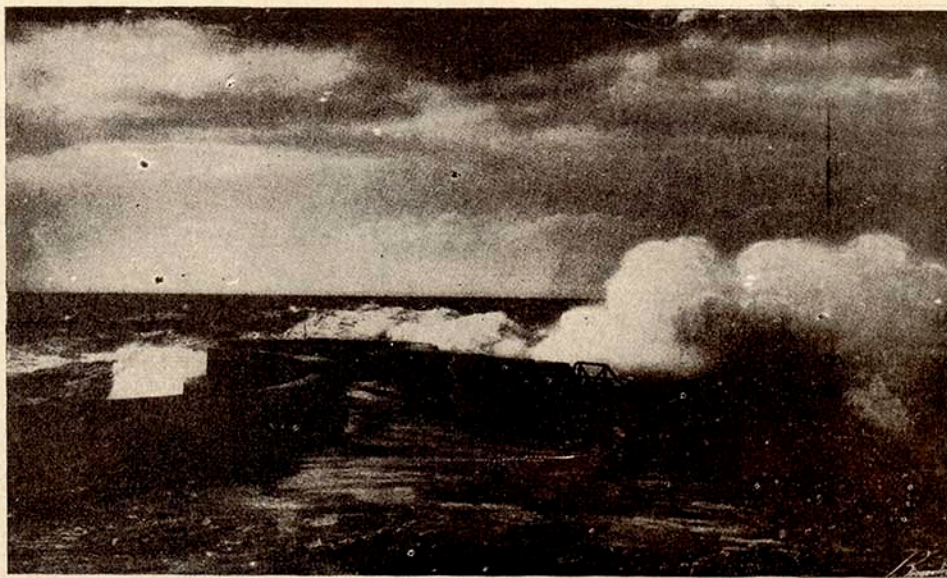
regulados por los Papas a los grandes reyes déspotas; la pequeña esquina de la derruida Capilla del Obispo, en la Puerta del Moro; los dulces grupos de mujeres de velo; anacrónicas, y sensuales; el alto y claro cielo; el primer manuscrito del idioma, sobre el pergamino en que don Rodrigo Díaz de Vivar y su mujer Jimena testan sus heredades... etc. A eso hay que ir a Madrid.

—Bueno. A eso se puede ir, pero para pocos días. Luego, il n' y a rien á faire,—añadían los amigos, perdidos para siempre de parisismo. Heme, pues, en viaje a Madrid, no en gira literaria. ¡Dios me libre! sino en gira de buena voluntad por la vida. Nada más, señor Astrana Madrid. Yo no voy a "llegar, ver y vencer", como usted cree. Si hay alguna parte en este mundo, donde ha de triunfarse (¿), no será por cierto Madrid el más indicado.

Me he detenido aquí, en Biarritz, a pastar mis fatigas en las armoniosas vegetaciones de los Pirineos. Pueda yo en esta fuga de París, recuperar para el cruento esfuerzo por la existencia, mi sentimiento de naturaleza inculta y sin senderos, que advierto un tanto encogido entre mis cuitas civiles. Qué amable es deslizarse o pugnar en selva virgen y compacta, en atmósfera y tierra sin caminos. Qué amable es perderse por falta de caminos. Ahora tengo ansia de perderme definitivamente, no ya en el mundo ni en la moral, sino en la vida y por obra de la naturaleza. Odio las calles y los senderos.



La playa de Biarritz.



La Roca de la Virgen, en un día de tempestad.

Cuánto tiempo he pasado en París, sin el menor peligro de perderme. La ciudad es así. No es posible en ella la pérdida, que no la perdición, de un espíritu. En ella se está demasiado asistido de rutas ya abiertas, de flechas y señales ya dispuestas, para poder perderse. Al revés de lo que ocurrió a Wilde, la mañana en que iba a morir en París, a mí me ocurre amanecer en la ciudad, siempre rodeado de todo, del peine, de la pastilla de jabón, de todo; estoy en el mundo con el mundo, en mí mismo conmigo mismo; llamo e inevitablemente me contestan y se oye mi llamada; salgo a la calle y hay calle; me echo a pensar y hay siempre pensamiento. Mas ahora nó. Ahora, entre los contrafuertes de los Pirineos y el bello mar gascón, en días de otoño, cuando, pasada la temporada de verano, han vuelto todos a París, a Londres, a Roma, a Madrid, a la lejana América heme por fin libre de calles, de rieles, esquinas, telégrafos, torres, teatros, periódicos, escritores, hoteles, peine, jabón, de todo esto que, de una u otra manera, es camino; heme libre hasta de pensamiento. Sí (Ah, mi querido Vicente Huidobro, no he de transigir nunca con usted en la excesiva importancia que usted da a la inteligencia en la vida. Mis votos son siempre por la sensibilidad).

Bergsonismo? **Pas du tout!** Pues el señor Paul Souday, cuyo racionalismo acaba de pulverizar el bravo abate Bremond, en su polémica sobre la "Poesía pura", confunde la teoría de la intuición del filósofo francés, con la sensibilidad, como función más que psíquica, fisiológica, de que le he hablado a usted algunas veces, mi querido Vicente).

Aquí, cubierto de mar y de montaña, sin

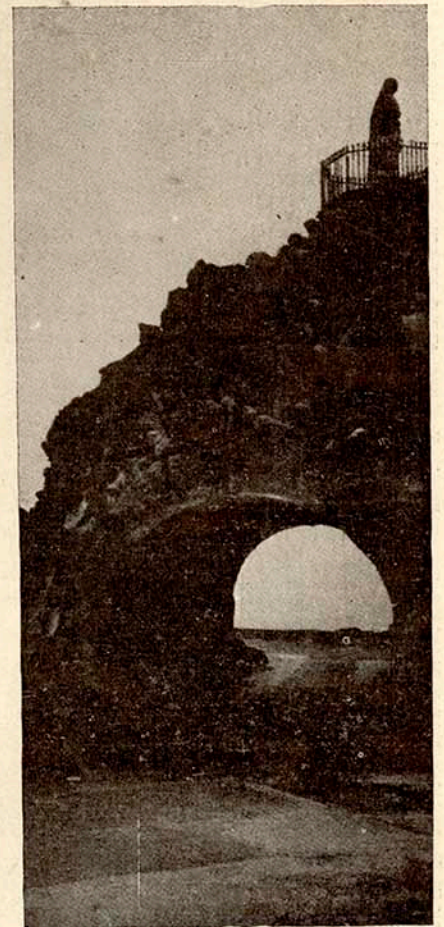
caminos—que son valores exclusivamente de memoria, puesto que la idea es mera historia del hecho de vida, y los caminos en el mundo son mera historia de la marcha ya efectuada,—aquí, repito, sin cuminos, saturado de tierra y espuma, desaparece en mi boca el sabor del pan del dolor y del agua de la aflicción, de que vivimos en las urbes, en las cárceles, en los conventos.... He aquí, ante mis ojos complacidos, la móvil hoja del álamo internacional, el viento negro y excesivo que ni va ni viene sobre los cerros. Más allá, el manso Bidasoa fronterizo, la atmósfera, en fin, en que la espina urbana se ha quebrado sin lograr penetrarla. Aquí está Biarritz, sus roquedales de la Virgen, bañados por las olas siempre retozonas; el faro, decorativo más que de utilidad para los naufragos; la Chambre d'Amour; el desolado monte de la Rhume, las barquitas de pesca a vapor, las blancas villas de tejados rojos, el viejo puerto melancólico.... Un panorama encantador! Y más abajo, Hendaya, la cenagosa, donde hoy pasa sus días de exilio el buen don Miguel de Unamuno; al otro lado del Bidasoa, San Sebastián, cruzado de brazos de mar. En el horizonte redondo, quién sabe al norte o al poniente, quedará, muy lejos ya de aquí, la zona criselefantina donde vivió Pierre Loti; estará, talvez, muy lejos, lejos....

Pero, al fin de cuentas, esta costa vasca, esta cadena de montañas, qué son sino sucursales de ciudad, solapadas colonias civiles, trozos de París, pingajos de Londres, postas de urbe! Nada. Los campos de Europa, los mares del viejo continente, son campos de salón, mares en smoking, urbanos, civilizados, **policiés**. Los mismos calveros entre los encinares no son otra

cosa que borradores o esqueletos de plazuelas; un islote entre las olas, es como un monumento en una gradería. Las casas pueden ser todo lo pequeñas y distanciadas unas de otras, pero nunca falta de ninguna de ellas una máquina en el corredor, un neumático en una puerta: aquella dominando el ambiente con su ruido; este regularizando a favor del muro, la entrada y la salida del amor. La propia torre de una capilla de caserío domeñada está de algún reloj, como si la vida en el tiempo no tuviese tanto que ver con la fe en la eternidad de la vida. Ya no hay campos ni mares en Europa; ya no hay templos ni hogares. El progreso mal entendido y peor digerido los ha aplastado.

Pero esta noche, al reanudar mi viaje a Madrid, siento no sé qué emoción inédita y entrañable: me han dicho que sólo España y Rusia, entre todos los países europeos, conservan su pereza primitiva, la pureza de gesta de América.

César VALLEJO.



BIARRITZ.—Otra Roca de la Virgen.

## EL TRIUNFO DE VALENCIA II

Porqué no confesarlo. . . .El triunfo de Valencia II en la corrida de Pascua me ha sorprendido profundamente. Primero, porque no me parecía torero para seis toros; segundo, porque no creía que nuestros ganaderos tenían, entre todos, siquiera una corrida pareja.

En sus dos primeras presentaciones el madrileño se había mostrado torero fino y voluntarioso, dominando determinadas suertes, como su bellísima y ceñida media verónica, y su ayudado por alto. Pero de allí a crearlo capaz de encerrarse con seis toros, y dar la tarde triunfal que dió a los aficionados que fuimos a verlo, hay una distancia enorme.

El público justamente alarmado con la mansedumbre bíblica de los pobrecitos ciervos de las dos corridas anteriores, y quizá dudando de las facultades del matador, dejó la plaza con muchas sombras en el sol, y con muchísimas facilidades para el tránsito de los vendedores ambulantes en las graderías de sombra.

Valencia, juzgado a grandes rasgos y como resultado de su beneficio, se mostró un torero valiente en todos los terrenos, hábil para la clase de lidia que cada toro merecía; extrajo de cada animalito todo lo que la Providencia y su criadero habían puesto. Tuvo pases esculturales, ejemplo: los dos obligados al sexto toro, y los naturales con la izquierda al primero y segundo que pisaron el ruedo. Se adornó en los quites; pero donde su cartel de matador llegó a considerable altura fué precisamente matando. Hizo por la muerte de los toros, todo lo que ellos, a veces, no querían.

Dominó con la izquierda como quiso, se atracó de toro, aguantó arremetidas postreras; perfilándose como si fuera él el que arremetía contra el toro, y dejó el acero en su sitio todas las veces. A pesar de ser la primera vez que se encerraba con seis toros, como nos dijo en su reportaje, no dió señal alguna de cansancio; y él mismo apresuraba la apertura de las trancas para que la corrida acabara pronto.

Somos como ha dicho cierto revistero, pa-

sionistas de los que a veces vemos más al torero que al toro, somos *belmontistas*, como lo es el propio Valencia, pero no por eso dejamos de reconocer el triunfo rotundo y definitivo del madrileño, en su regalo pascual del viernes pasado. Toreros solo con valor hemos visto muchos. Méndez, Montes, el de las cincuentínco coniadadas, el mismo Larita que se cogía a puñadas con los bichos; tuvimos un Algabeño segundo que era capaz de incrustar un estoque al morrillo del Cerro de San Cristóbal, y derrumbarlo con Telefunken y todo, y todo ello al volapié; pero ya estamos cansados de esos rasgos de valor sin arte, o con arte escaso y discutible; por eso no fuimos partidarios del señor Sánchez Mejías, que torcaba muy cerca, pero muy desgarrado; porque torcaba de oído, de lo que había oído a los parientes nada más. En Belmonte se conjuncionaron supremamente las dos características del lidiador: La elegancia y la tragedia. Era Gaona, era Jodelito, era Montes; era todos los bárbaros que se tiran a morir sobre una fiera cuando no saben otra cosa que hacer para salir del paso; pero al mismo tiempo era la suprema ciencia; y lo hacía no porque le faltaban recursos, sino porque quer'a dar en el toreo todas las sensaciones: La plasticidad y la tragedia.

Pregúntele a su vecino con cuánto ha contribuído a los gastos plebiscitarios.